

Un día como cualquier otro

Fabio Darío Rojas Rivera

Docente Universidad Mariana

Primer puesto

Yo esperaba que no fuera un día como cualquier otro; aunque el ambiente estaba repleto, yo sabía que esa noche en el teatro sería algo especial; estaba ansioso por encontrarla y, como no la vi de inmediato, para calmar mi angustia empecé a divagar entre pensamientos alegres de viejas memorias. Entretanto, y sin que me diera cuenta, entró ella y observé cómo se movía entre la gente, casi como un fantasma, pasando entre pueriles mortales; sin el menor error en cada paso, tomó su asiento y dio una mirada a todo el teatro; una gran sonrisa se dibujó en mi rostro al encontrarla en ese lugar.

Aunque..., había algo raro en su comportamiento; la sentía lejana, distante... por poco, un día como cualquier otro, y casi da lo mismo una cerveza sin etiqueta o un aguardiente compartido; la diferencia: dejar de lado la timidez y no llegar arrastrado a la casa. En el humo del cigarrillo se pintaban tus palabras que revoloteaban por las cuatro pieles azules del bar, como mariposas sigilosas. ¡Y mis trilladas 'tácticas y estrategias' de conquista, fueron vencidas por el arcoíris que trazamos desde tus ojos a los míos, y la coronación de una invitación a tomar café y tu teléfono en 'anotado' en una servilleta limpia; ¡ja! una servilleta limpia; una servilleta que tan solo usé una vez, porque ese número telefónico se grabó en mis sueños.

El beso se dejó conocer antes que el exceso de palabras, porque fuera tu hermosura la causa de declararme a ti en guerra de gestos cariñosos, y de abrir fuego con todo mi arsenal de miradas, caricias y besos. Mientras se levantaba el telón, los bailarines tomaban su posición y los músicos afinaban sus instrumentos, pensaba en el silencio y la lejanía que se manifestaba en cada gesto tuyo, que yo sentía como un ataque hacia mí; es cierto que hemos pasado por malos momentos, pero creo que el amor es tan fuerte que puede con todo.

Yo puedo perdonar cada error que hayamos tenido, porque sabes, de verdad te amo; ahora sé que tú eres el sentido de mi vida. Dicen que lo duro no es llegar, sino mantenerse. O, al menos, eso entiende uno cuando los años vienen encima.

El primer mes le regalé un perfume que mencionaba afanosamente en varias charlas; eso sí, le compré el más costoso. El sexto mes, un vestido elegante de fiesta; que cómo iba a saber que a su perro le gustaría desmembrar. Al primer año la fiesta increíble en casa de sus amigos, con sorpresa incluida. Y siempre estuvieron las salidas, en especial aquella para la cual se veía deslumbrante; no tanto por el vestido del sexto mes o el perfume del primero, sino, y no me cansaré de decirlo, porque eres hermosa, muy, muy hermosa.

¡Y los demás meses, los regalos, ja! eso solo lo sé yo, porque me los he imaginado cientos de veces; cómo hubiesen sido las cosas de haber continuado; esos regalos flotan en mi mente como recuerdo de un pasado ya extinto. Sí; cometí mis errores, pero no di una puñalada por la espalda.

Un tierno beso aparece en una parte del gran teatro en el que ahora me encuentro; no es en el escenario; es un beso que tú das; miro tus ojos antes de ese momento: cómo se contraen y cómo, al parecer, tu temperatura aumenta con cada centímetro en el que los cuerpos se acercan más. Mis pupilas también se dilatan y un gesto extraño aparece en mi rostro y en el tuyo. Cuando separas tus labios me ves atrás de ti; no sé porque no me habías visto antes; era tan fácil de encontrar. Tu mirada cambia y el tipo que acabas de besar nos mira como pensando ¿y aquí que pasa? Una mueca aparece en mi rostro mientras pienso que él es la razón por la cual habías estado tan rara las últimas semanas.

Te inclinas un poco hacia mi silla y me murmuras tiernamente en el oído: “lo nuestro terminó hace tiempo; tú debiste haberte dado cuenta...”

Y dices un par de frases en ese momento, que no entiendo, y de nuevo recuerdo una anotación en una servilleta limpia. ¡Ja!, una *ser-vi-lle-ta - lim-pia*, igual a ti.

No fue un día como cualquier otro, desde el instante en que nuestro pudor cayó al suelo junto con nuestras ropas; porque desnudos, uno frente al otro, ya no quedaba más sino afrontar que ni tú tienes el cuerpo de Scarlett Johansson ni yo el de Chris Evans; pero ahí estábamos, innegablemente, porque decidimos que no importarían los gordos, los huesos, la celulitis, las estrías, las cicatrices o los dolores. Y, aunque teníamos incontables experiencias antes de la nuestra, nos sentimos como recién llegados y exploramos con temor y miedo al otro, porque después de todo, el amor es de excesos, que se intuye como una carencia inconmensurable. Y por eso, desde aquel día, como ningún otro, nos excedimos para solventar las carencias.

Y a la entrada del teatro donde empecé a narrar, con todos los recuerdos de las cosas que hemos pasado juntos divagando aun por mi mente, con el pecho hecho pedazos y la cabeza enmarañada, me quedo solo y pensando, y del amor ¿qué queda?

Para ser franco conmigo mismo, al parecer, nada; y empiezo a pensar que el amor no era eso ni los regalos, ni el flechazo del bar, ni las caricias; supongo que es la conexión con el otro, el ánimo de proteger y sentirse vulnerable, y eso no se logra con todas las parejas ni en un millón de años; entonces, ¿que fue esto? Un leve recuerdo guardado en la fragilidad de la memoria que, con el tiempo, se distorsiona y adquiere esa calidad de 'mágico' y, ¿qué, con este dolor entonces?, En el Quijote decía: "Como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad, parecen imposibles. Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades", y esta amarga dificultad pasará con el dulce tiempo.

También entiendo que los errores son de dos, no de uno solo; por eso creo que los vallenatos y las canciones románticas no tienen razón. Repito casi miméticamente las palabras completas que ella me dijo antes: "lo nuestro terminó hace tiempo; tú debiste haberte dado cuenta; ¡déjame en paz! Hace más de un mes que no somos pareja". Ahora lo veo; hoy, no pasó nada. No hay por qué llorar ni embriagarse, ni arrojar piedras en la ventana de ella; hoy, no pasó nada. Ella tenía razón: esto se acabó hace mucho, porque hoy simplemente, es un día como cualquier otro.

